

LA MISA DEL ALBA, POR PAHESA

tante, vimos interponerse una sombra entre la cabra y nosotros. Era una gran pantera, que destacaba su negra silueta.

No sin emoción, lo confieso, apunté. La pantera ofrecía magnífico blanco; hice fuego, y, lleno de sobresalto, esperé que se hubiese desvanecido la humareda.

Sonó un segundo tiro; era Alí, que acababa de disparar á la pantera.

La pantera era gruesa, hermosa, ricamente manchada.

La jornada parecía haber terminado felizmente y sin peripecias, cuando de repente Alí, poniendome las manos sobre uno de mis hombros, y acercando sus labios á mi oído, me dijo:

—Callad, por Alá, ó estamos perdidos.

Enmudecí; y un momento después oí sobre nuestras cabezas leve rumor y roce de un cuerpo que se arrastra.

La Luna continuaba iluminando espléndidamente el firmamento, y la brisa, suave y ligera, llevaba en sus alas los penetrantes olores del bosque.

De improviso una sombra apareció en lo alto del barranco; era una nueva pantera. Advertida, sin duda, por los quejidos exhalados por la otra pantera antes de morir, habíase acercado la fiera al sitio del acecho.

No había tiempo que perder, y, tomando la carabina de manos de Alí, hice fuego.

La fiera, herida sin duda, divisó á sus enemigos; y, dando un terrible salto, se lanzó sobre Alí.

El árabe, armado de afilado cuchillo, hundió el acero en el pecho de la fiera, mientras ésta clavaba sus garras en el cuello de su adversario.

Acudí velozmente, y, apuntando la carabina en la cabeza del felino, solté el segundo tiro. El leopardo cayó herido como por el rayo.

El pobre árabe, lleno de sangre, cayó exánime en mis brazos.

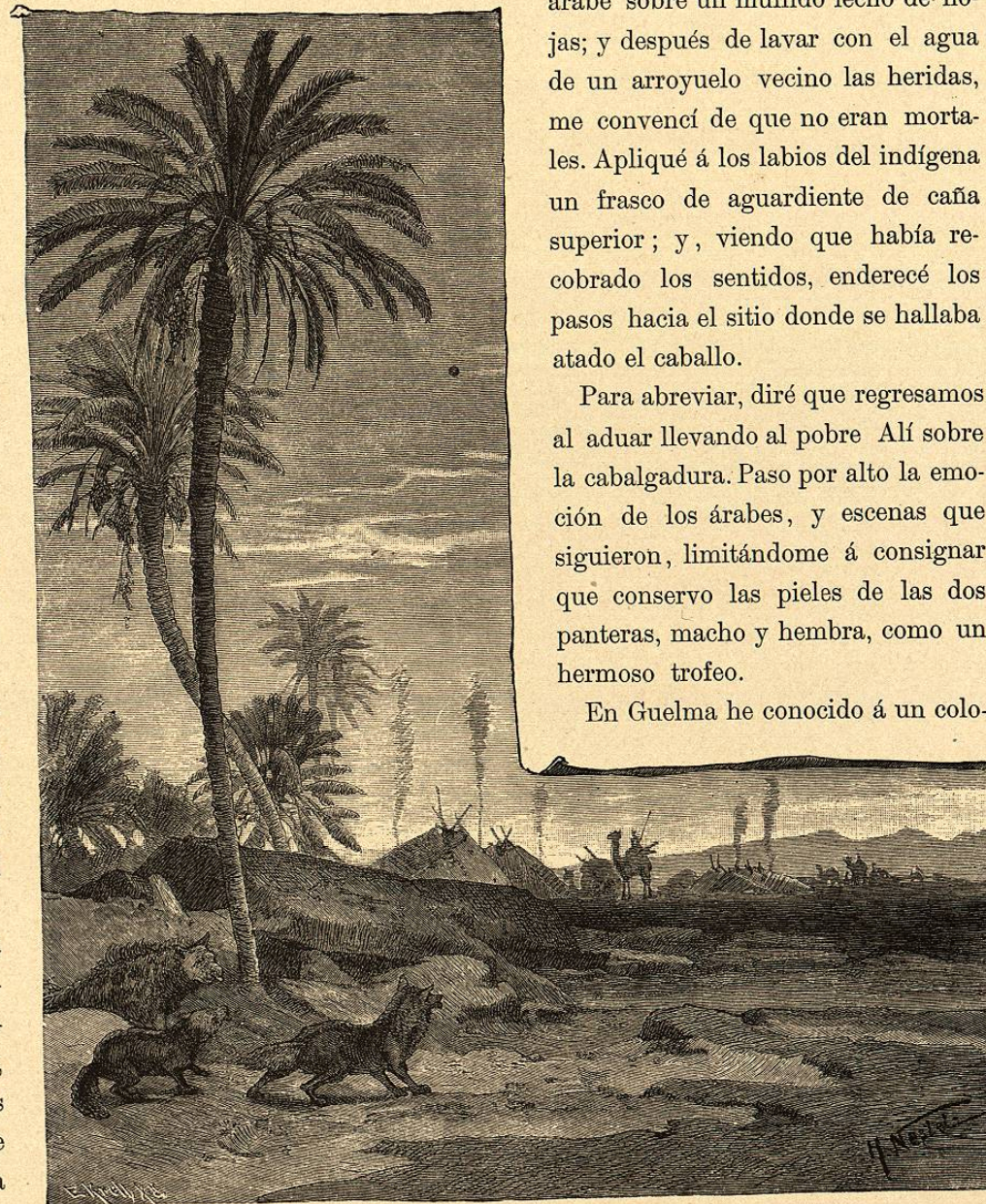
El día no podía tardar en venir; borráronse lentamente del cielo las estrellas; desapareció el disco de la Luna, y empezó á alborazar. Ya era tiempo.

Cogí al árabe en mis brazos, y sin preocuparme de las panteras que yacían inertes y sin vida, una en el fondo, y otra en lo alto del barranco, deposité al

árabe sobre un mullido lecho de hojas; y después de lavar con el agua de un arroyuelo vecino las heridas, me convencí de que no eran mortales. Apliqué á los labios del indígena un frasco de aguardiente de caña superior; y, viendo que había recobrado los sentidos, enderecé los pasos hacia el sitio donde se hallaba atado el caballo.

Para abreviar, diré que regresamos al aduar llevando al pobre Alí sobre la cabalgadura. Paso por alto la emoción de los árabes, y escenas que siguieron, limitándome á consignar que conservo las pieles de las dos panteras, macho y hembra, como un hermoso trofeo.

En Guelma he conocido á un colo-



Fauna del desierto

no que pasó un mal cuarto de hora en la caza de la pantera.

Multitud de corderos habían sido arrebatados por uno de aquellos felinos.

Desesperado el colono, registró por todos lados y, al fin, dió con el sitio por donde rondaba el ladrón. Había visto desaparecer á la fiera por una plataforma situada sobre la pendiente escarpada de un barranco muy profundo.

La pantera es sabido que busca los sitios inaccesibles al león, su más feroz y terrible enemigo.